

Nathan
Devers

LOS VÍNCULOS
ARTIFICIALES

AdN

AdN

LOS VÍNCULOS ARTIFICIALES

Nathan Devers

Dossier de prensa

«El metaverso puede tener tanta importancia para la posteridad como el descubrimiento de América».

Los vínculos artificiales, de Nathan Devers

Una entrevista de Alexandre Devecchio para *Le Figaro Magazine*

Con su ucrónia *Los vínculos artificiales*, seleccionada para el premio Goncourt, el joven filósofo y cronista explora el internet del metaverso, un universo paralelo virtual que quiere competir con el mundo real. Una reflexión acerca del cambio radical de nuestras sociedades en la era digital y sus consecuencias.

Su novela comienza en 2022, al final de la crisis sanitaria. ¿Fue este periodo el catalizador de un cambio de mundo, de un punto de inflexión en la era virtual?

El impulso de escribir *Los vínculos artificiales* surgió, en efecto, durante el confinamiento. Estaba solo, en mi apartamento, con unos cuantos libros y un ordenador. Dos meses después, me convertí en una extensión de mi pantalla: un ratón con rostro de hombre.

Al contrario de lo que esperaba, aquella experiencia no se pareció en absoluto a un periodo de aislamiento. Me sentí, como todos, asediado por el mundo exterior. La información constante, las videollamadas, los mensajes omnipresentes, la sobrecarga de las redes. A diferencia de las cuarentenas del pasado, nosotros estuvimos mentalmente fuera sin salir físicamente de casa. Tirados en el sofá, nos teletransportábamos. Las distancias se agrandaban y disminuían a la vez. Los smartphones nos unían a cualquier rincón del mundo, pero no podíamos saludar a los vecinos. Entramos en la última etapa de la globalización: la que sucede a espaldas del mundo. Guardamos duelo por dos experiencias opuestas, la de la soledad y la de la sociedad. Juntos y separados, cada uno en su burbuja y todos conectados, asistimos al eclipse más formidable que podíamos imaginar, el eclipse de la realidad.

Houellebecq ya profetizó que el mundo del futuro es el mundo del pasado, solo que peor. El mundo que usted describe es bastante siniestro y está completamente atomizado. ¿Comparte el punto de vista del autor de *Las partículas elementales*?

Me gustaría, pero no. El mundo del futuro es el Antimundo, lo contrario del mundo. En el universo que describe mi novela, las ciudades se apagan al anochecer: no hay nadie en la calle, la gente se encierra en casa para hablar entre sí. Mi personaje ya no tiene fuerzas para salir. Le faltan ganas de afrontar la realidad. Su energía se ha desplazado hacia un espacio sin objetos ni rostros: el lienzo infinito de los vínculos artificiales. Este ciberuniverso no es ni «mejor» ni «peor» que el mundo de antes. Julien se libera de él, se desdobra (el sueño de todo soñador), vierte en él su frustración de vivir. En cierto sentido, el Antimundo es perfecto, pero es virtual... Una especie de imagen pura, de ilusión gigante. ¿Dónde radica la belleza de los espejismos?

La cubierta del libro muestra a Narciso reflejado no en un estanque, sino en la pantalla de un smartphone. ¿Qué busca transmitir esta imagen? ¿Exacerban las redes sociales el narcisismo inherente al ser humano o solo lo revelan?

Narciso, ese tipo solitario, se ha convertido en la figura del hombre en sociedad: ha comprendido que su rostro no vale nada si no se refleja. Pero el reflejo que ofrece la naturaleza no se parece al que nos devuelven los demás, y ahí radica el problema. Creo que los vínculos entre los individuos siempre

son fundamentalmente artificiales. Son como imágenes: imágenes de intimidad, imágenes de política, imágenes de dinero, imágenes de sacralidad o de profanación, imágenes del dominado o del dominador, imágenes del deseante o del cuerpo deseado. Las redes sociales no han inventado el imperio de la imagen, pero las suyas son imágenes de imágenes: no representan nada más que la imagen que nos creamos de nosotros mismos. La imagen de un Narciso al que las aguas le mienten.

El protagonista, Julien Libérat, es un tipo débil y cobarde que prefiere vivir a través de una pantalla en lugar de afrontar la vida. Hace usted referencia a una generación «Tinder-Twitter», ¿es también esta la generación de «la gran renuncia»?

Julien Libérat es un hombre que se libera a la vez que se subyuga. Su libertad lo aliena y su usura lo exime. A lo largo del libro, abandona poco a poco el marco de su existencia. Renuncia a todo, al trabajo, al amor e incluso a su ciudad. Esta «gran renuncia» es un fenómeno innegable: a los pianistas como Julien, a los hosteleros, a tantos otros trabajadores, jóvenes o no tan jóvenes, la realidad ya no les regala nada. (Un ejemplo que lo resume todo es el alza del mercado inmobiliario. El narrador del libro señala, a propósito de Julien: «como joven "artista", no podía permitirse vivir decentemente en la capital de su propio país». ¿Cómo va a hacerse nuestra generación con el mundo en un mundo donde la propiedad es algo inaccesible?).

Por otra parte, no hay nada más novelesco que la renuncia en sí misma. La sensación satisfactoria de cortar los lazos que nos ataban, de darles una patada a las piedras del destino, de volver a la página en blanco. Lo importante es ir a alguna parte, da igual a dónde, pero allá donde podamos dar forma a otro comienzo. Mi generación se enfrenta, creo, a un dilema cuyos parámetros no controlamos del todo: ¿renunciar a qué? ¿A nuestras servidumbres o a nuestras libertades? ¿A las trabas o al deseo, a las ganas de vivir?

¿El gusto de esta generación por lo virtual está ligado al absurdo del mundo real?

El absurdo de la realidad no es un pretexto para huir de ella: no hay otro lugar a dónde ir. Jamás. Ninguno. En ningún caso. El sinsentido es, por el contrario, una prueba de libertad, una ausencia de imposiciones, una anarquía del ser. Nos corresponde a nosotros restregarnos con el mundo, hacer hablar al silencio de las cosas. Y no vamos a salir de este círculo vicioso ni haciéndonos selfis, ni verificando nuestro perfil de Instagram ni generando polémicas en Twitter. Por otra parte, existe otro gusto por lo virtual, el que nace no del absurdo del mundo, sino de su pobreza: la realidad siempre es más estrecha de lo que nos gustaría. La existencia hace caso omiso del abanico de las posibilidades, más bien determina y niega. Selecciona y zanja. Matisse decía que no se puede llegar a todos los puntos del horizonte a la vez. Por el camino, hay que elegir uno que implica renunciar a los demás. Para llegar a ser uno mismo, hay que asesinarselo constantemente: matar al que ya no seremos. Así nace la tentación de lo virtual. Yo la entiendo. La siento. Creo incluso que es hermosa. Tal vez mi generación habita

un mundo particularmente pobre que compensa con un exceso de ciberexistencia: pensemos por ejemplo en el éxito de las aplicaciones de citas, ¿no es la viva prueba de un vacío profundo? Por otra parte, insisto, este fenómeno tiene su grandeza: agita las posibilidades, las redistribuye. Hay que reconocer que las redes sociales contribuyen a forzar las ocasiones; son una pajarera de destinos, eso es innegable. Pero la literatura también. El reto de las próximas décadas quizá gire en torno a esta aspiración: reconciliar la promesa de los libros con la de las pantallas.

Adrien Sterner, el creador del metaverso de la novela, parece estar inspirado en Mark Zuckerberg. ¿Está Zuckerberg imponiéndose como una figura clave del siglo XXI?

Cuando, dentro de cien años, los historiadores estudien las figuras que han marcado nuestro siglo, comprobarán que, en Silicon Valley, unos tipos curiosos, mezcla de *golden boys* y mecenas toscanos, se inspiraron tanto en Leonardo da Vinci como en Bill Gates y soñaron con instaurar un nuevo Renacimiento; se llamaban Zuckerberg o Musk, y aspiraban a superar la condición humana. Uno se embarcó en la conquista de Marte o de un cerebro artificial. El otro, más megalómano aún, proyectaba imitar a Dios y crear un nuevo universo. Su proyecto de metaverso, si llega a concretarse, puede tener tanta importancia para la posteridad como el descubrimiento de América o la misión Apollo 11. Se trata, ni más ni menos, que de desplazar la existencia a otra dimensión. La virtual. Avatares que se teletransportan de un oasis a otro. Muertos que resucitan en forma de hologramas. Tiempo que se puede transitar en todas direcciones. Nos guste o no, ellos son quienes están transformando el mundo. Ellos son los locos de nuestra era. Son los videntes, por no decir los alquimistas.

Al final de su novela, Adrien Sterner crea un megamultiverso que contiene todas las versiones posibles del planeta Tierra: en una de ellas, el Medio Oriente entero está bajo la dominación israelí; en otra, el Estado judío ha sido borrado del mapa. ¿Debemos ver aquí un mensaje geopolítico?

Es una hipótesis: imaginemos que los hombres alcanzan la expresión última del «vivir separados», una en la que se detestan tanto que no pueden ni verse, en la que viven en realidades paralelas, herméticas las unas para las otras. ¿Cómo se solucionarían los conflictos? ¿Qué pasaría si multiplicáramos virtualmente el mundo para no tener que convivir? Entonces reinaría la paz definitiva sobre un fondo de odio implícito. Una paz sin amor, donde el paraíso y el infierno no podrían distinguirse entre sí.

Usted es filósofo de formación. ¿Por qué ha elegido el formato de la novela en lugar del ensayo para transmitir sus ideas?

Por una razón muy sencilla: habría sido absolutamente incapaz de escribir un ensayo sobre los «vínculos artificiales». En sentido estricto, no tengo ninguna teoría sobre este tema. Solo tengo vértigo, un vértigo enorme, confuso e intuitivo. Este sentimiento, para el que no encuentro ninguna clave, ningún concepto, solo podía expresarlo a través de una novela. Algunas personas la han interpretado como una distopía. Otras incluso me han dicho «El mundo que describes plantea una disyuntiva, da ganas y a la vez da miedo», y creo que me reconozco en ese comentario. ¿No es esa la función de una novela, plantear disyuntivas?

¿Cuál es su relación con las redes sociales? ¿Tiene cuenta de Twitter, Facebook, Instagram? ¿Es un hijo de su generación?

Totalmente. No eludo las redes sociales, ¡aunque no me paso el día enganchado! Estoy en Instagram, donde hay, por cierto, cuentas estupendas dedicadas a la poesía: eso es una buena noticia. Estoy también en Facebook, por pura nostalgia, sobre todo de las primeras fotos que me hice con mi novia. He dejado Twitter porque la guerra de opinión me asusta un poco. Pero para escribir esta novela, sobre todo seguí un consejo que me dio el cantante Nicolas Ker: explorar, durante noches enteras, foros de videojuegos.

Nos guste o no el nuevo mundo virtual y digital, ¿aún es posible vivir a espaldas de él?

En ciertos casos, sin duda, pero ¿tiene sentido? Para comprender nuestro mundo, para mezclarse con él, para experimentarlo y sobre todo para librarse de él, me parece que no podemos darle la espalda, sino aportar: incrementar la existencia, multiplicar los encuentros, tropezar con la realidad, amarla incluso con sus carencias. ¿Cómo vamos a hacer frente a las alienaciones si nos negamos a tenerlas en cuenta?



Nathan Devers

Devers (1997) ha estudiado en la École Normale Supérieure y es profesor de Filosofía. Ha publicado los ensayos *Généalogie de la religion* (2019) y *Espace fumeur* (2021). Con su primera novela, *Ciel et terre* (2020), ganó el premio Edmée de La Rochefoucauld. *Los vínculos artificiales* es su segunda novela y la primera obra de este autor que se publica en español.

ENTRA EN EL METAVERSO Y DESCUBRE EL ANTIMUNDO

Finalista de los premios Goncourt y Renaudot 2022
Premio Choix Goncourt de l'Orient 2022

SINOPSIS

Julien Libérat es, desde todos los puntos de vista, un fracasado. Tanto su carrera como su vida personal han tocado fondo. Con treinta años y a la deriva en su día a día monótono, Julien llega al borde de la depresión. Entonces descubre el Antimundo, un videojuego que recrea con absoluta precisión la realidad, un espejo de nuestro universo donde las posibilidades son infinitas. La regla principal es mantener el anonimato. En este universo paralelo, a Julien las cosas le van mucho mejor. Un éxito sigue a otro y la vida se convierte finalmente en lo que había soñado. Además de amasar una gran fortuna, salta a la fama por los poemas que publica. Todo parece ir de maravilla hasta que recibe un encargo que no solo afectará a su vida, sino también el orden mundial. Entonces, caerá en una peligrosa espiral que lo llevará muy lejos del mundo real.

Los límites entre la realidad y el metaverso se difuminan en esta novela necesaria, provocadora y anticipatoria.

CRÍTICAS

«La primera gran sátira sobre el metaverso».

Le Figaro Magazine

«Si nunca has entendido el metaverso, esta es tu novela».

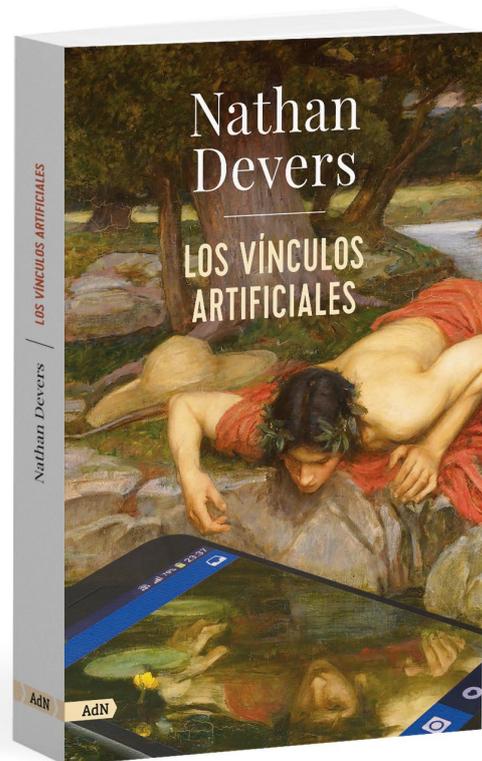
Le Point

«Una fábula contemporánea llena de preguntas, dudas y temores sobre la llegada de un mundo irreal, que no será mejor que el real».

L'Appel

«Nathan Devers sondea con brillantez las oscilaciones y tormentos de una generación atrapada entre lo real y lo virtual».

Femme Actuelle



4 de mayo de 2023

Traductora: Elia Maqueda

14,50 x 22 cm

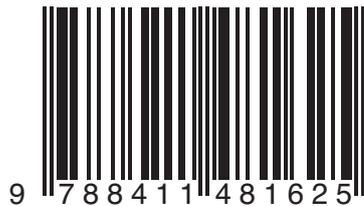
264 pp

Rústica

978-84-1148-162-5

21.95 €

ISBN 978-84-1148-162-5



9 788411 481625

Cristian Romero López

626 365 897

cromerol@anaya.es



www.adnovelas.com

comunicacion@adnovelas.com